

CAPITULO TRIGESIMO QUINTO.

CONSUMATUM EST.

I.

Habían pasado los tres días de prórroga. Inútiles habían sido cuantos esfuerzos se hicieron en su transcurso para conseguir de Juárez el indulto.

La ejecución debía verificarse el día 19 de Junio á las seis de la mañana.

El estado moral de los reos era horrible.

Tener durante cinco días la muerte siempre delante, y una muerte sin lucha, sin defensa, y sin estupor de la enfermedad. Tener siempre enfrente el sol bellissimo que no volverían á ver, amigos, cuyas manos no estrecharían más, esposa, hijos que dejarían para siempre.....

Y la región rodeándolos constantemente con ese aparato solemne y aterrador que vierte un estupor más grande en el alma del condenado.....

Ese cáliz es inagotable.

En la tarde del día 18 el telégrafo de San Luis Potosí anunció á los defensores de los reos, que ninguna esperanza quedaba ya de salvación de éstos.

Maximiliano dando fé á la noticia de la muerte de Carlota que una voz amiga le había mentido, estaba más tranquilo.

Comprendió que sólo le quedaba ya que sostener la dignidad de su raza.

Entonces se sentó en la mesa, y tomando un pequeño pliego de papel con mano firme escribió estas líneas al general Escobedo.

Son auténticas, y hemos cuidado de conservar no sólo la dición, sino hasta la ortografía de esta terrible esquela:

“Querétaro, Junio 18 de 1867.

“Señor General:

“Deseo, si me es posible, el que mi cuerpo sea entregado
“al señor Barón de Magnus y al señor Doctor Samuel de Basch
“para que sea conducido á Europa, y el señor Magnus se
“encargará de embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias.

MAXIMILIANO.”

II.

Escribió aún algunos otros billetes, y después se quedó dormido por algunos momentos.

Miramón recibió dos partes telegráficas, el uno traía el último adiós de su esposa y de sus hijos que lo aplazaban *hasta el cielo*.

El otro telegrama era de la *Asociación Gregoriana*

Los amigos de la infancia le enviaban sus últimas palabras de consuelo y simpatía.

Los *Gregorianos*, esas aves dispersadas por el huracán del destino, han tornado bajo la sombra bienhechora de la fraternidad á reunirse bajo el techo ruinoso de sus hogares.

Los rencores se han estrellado ante aquellos muros de granito, allí viven aún los recuerdos y cariños de la infancia.

Los *Gregorianos* son como los árabes, aman como hermanos á los que han comido pan y sal bajo sus tiendas.

La *Asociación Gregoriana* tendió su mano bienhechora á sus amigos encarcelados en las masmorras de Ulúa proscritos por el imperio, y ahora participaba de la agonía terrible de Miramón.

El valiente general que había permanecido sereno ante su misma esposa, sintió humedecerse sus pupilas al recibir el postrero adiós de sus amigos.

El ángel de los primeros años batió sus alas sobre aquella frente que iba á doblegarse para siempre!

III.

Comenzaba apenas á despuntar el 19 de Junio.

Los reos hicieron el terrible tocador de la muerte.

Se vistieron con un esmero sumo: ninguna insignia militar llevaba en su traje.

Maximiliano tomó una taza de chocolate.

Entonces apareció en la puerta de la celda un oficial que dijo estas solemnes palabras: “*ya es hora.*”

Un calosfrío de muerte recorrió el cuerpo de cuantos estaban presentes.

Y todos se arrojaron en torno de los reos para darles el abrazo último.

La confusión era mucha.

Por fin la tropa que debía escoltarlos los colocó en su centro.

Maximiliano al salir de su celda dirigió al interior de ella una mirada triste y doliente.

Entonces percibió lo que se le había escapado en medio de aquel desorden.

Dos hermanas de la Caridad, puestas de rodillas frente al altar que se había levantado para que orara el archiduque, tendían hacia él las dos manos.

Una de ellas, con voz sofocada por los sollozos, pronunció esta sola palabra..... ¡Adiós! y cayó desmayada en los brazos de su compañera.

Era Guadalupe.

Maximiliano se enjugó una lágrima y respondió desde el fondo de su pecho á aquella despedida eterna.

IV.

Los carruajes que debían conducir á los reos estaban frente á la portería del ex-convento de Capuchinas.

La escolta los rodeaba.

El pueblo se agolpaba por todas partes.

Maximiliano, al llegar á la puerta, se detuvo un momento y pidió un pañuelo, á pesar de que llevaba uno en la mano y otro en la bolsa.

Inmediatamente de una casa cercana le enviaron uno blanco y grande como lo deseaba.

Los reos subieron á los coches y la comitiva partió rumbo al sitio de la ejecución.

V.

El *Cerro de las Campanas* levantaba sus crestas cubiertas de bayonetas que brillaban á la luz del sol naciente.

En su base y en sus costados se extendía un mar de gente.

El silencio era profundo.

Repentinamente se escuchó un mormullo sordo y vago, que tomó creces.

Era que los reos habían llegado ya.

La fuerza toda preparó sus armas á la voz del jefe que mandaba el cuadro.

Los carruajes hicieron alto, y los reos saltaron á tierra.

Al poner el pié en ella Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba á su lado y se repu-

so, recobró su espíritu, adelantó la pierna izquierda para buscar más firme apoyo, y llevó las manos al corazón cuyos latidos le sofocaban en sus últimas palpitaciones.

Los tres prisioneros estaban dentro del cuadro.

Mejía, triste y sumido en el más profundo silencio, veía como el secretario de Cuautimotzín á su señor en el patíbulo.

Miramón altivo, sereno y como si hubiera concurrido á una gran parada: en sus labios se veía su eterna sonrisa.

Maximiliano dirigió algunas palabras en voz alta, saludando al concluir á la Nación.

Repartió el oro que tenía, á los soldados que estaban á su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que había pedido en la puerta de la prisión se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba.

Miramón también dirigió una alocución al pueblo con voz sonora, clara y armoniosa.

Los tres ocuparon sus puestos, Miramón en medio, Maximiliano á su izquierda y Mejía á su derecha,

Como estaba el cuadro situado en el declive del cerro, los reos dominaban el espacio, y las tres figuras se destacaban en el fondo de aquel horizonte hermoso, que bien pronto les daría paso á aquellos espíritus vivificados por la clara luz de la regeneración.

Miramón tendió su vista á la ciudad que tenía á su frente.

Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palabras; "en un día tan bello como éste, quería morir."

El príncipe tenía la serenidad de la resignación.

Si la archiduquesa Carlota hubiera sido la sentenciada, México hubiera presenciado el magnífico espectáculo de la Francia de 93 en la ejecución de la valerosa é inolvidable Carlota Corday!

Mejía, á quien sin justicia se inculpa de haberse acobardado, Mejía con su frialdad habitual fijó sus ojos brillantes y dominadores en los soldados que le apuntaban.

VI

Vibró un relámpago descolorido por la luz del sol.

Se oyó una detonación siniestra, cuyo eco se perdió rápidamente en el espacio.

Levantóse una nube de humo cruzada por el fuego instantáneo de los fusiles, y los tres reos cayeron como impulsados por el aliento poderoso de Dios.

Un grito horrible, único, intenso, desgarrador como el rugido de una fiera herida, vibró en el espacio.

Miramón lo había lanzado al morir.

Maximiliano azotó al suelo con su frente unguada, se sacudió con algunas convulsiones y expiró al fin.

La sangre de los Carlomagno empapó la tierra siempre infecunda y maldita de la *usurpación*.

El *Cerro de las Campanas*, bañado con la sangre del emperador extranjero, se elevará allí con sus tres figuras sombrías hasta el instante supremo de la catástrofe universal, tumba de la usurpación y monumento gigante de la heroicidad de un pueblo!

VII.

Cerró la noche, prolongación de aquel día memorable y espantoso.

Los restos mortales del archiduque de Austria reposaban en su féretro colocado junto al altar mayor del templo de las Capuchinas.

Dos hermanas de la caridad lavaron el cadáver, lo vistieron, encendieron unas bujías en los cuatro ángulos del féretro y oraron toda la noche.

Cuando el crepusculo comenzó á disipar las tinieblas de aquella iglesia sombría, una de las hermanas de la caridad se acercó al cadáver, besó su frente con respeto y desapareció como una sombra en las oscuras naves de las Capuchinas.

Un hombre que había permanecido oculto tras de las columnas llorando en silencio, se aproximó al cadáver luego que la hermana de la caridad hubo desaparecido, fijó su vista en el semblante lívido del emperador y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Pobre Guadalupe..... pobre hermana mía!

CAPITULO TRIGESIMO SEXTO.

EL ULTIMO DIA.

El estandarte de los gritos sobrevivió *veinticuatro* horas al emperador.

La ciudad rebelde estaba aterrorizada con la ejecución de Maximiliano.

El jefe de la plaza, invadido por el pánico, desapareció de entre las filas de sus soldados, consumió deserción al frente del enemigo.

El 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca.

El General Alatorre recibió á los comisionados, notificándoles de orden de Porfirio Díaz, que no tenía facultad para hacer concesiones, que se rindiesen á discreción.

Los comisionados tornaron allende sus parapetos á conferenciar.

La Ciudad esperaba con ansia las palabras del general republicano.

Cumplido el término señalado para la respuesta, las baterías comenzaron á vomitar bronce sobre la plaza y las columnas se organizaban para el asalto.

La guarnición de México no tenía moral para resistir, los soldados se desertaban en grupos y los generales no tenían pretexto ostensible para la prolongación de la lucha, ni elementos para sostenerla.

El fuego era vivísimo y más tarde la ciudad sería tomada á viva fuerza.

La bandera blanca volvió á aparecer sobre las trincheras.

La plaza se rendía á discreción.

La capital del imperio abría sus puertas á las huestes vencedoras de la REPUBLICA!

LA SOMBRA DE DIOS.

Pocos espectáculos más sorprendentes y magníficos podrá presenciar la actual generación, que puedan rivalizar con la pompa y magnificencia de la ceremonia habida para la distribución de premios hecha por el emperador Napoleón en la Exposición de París.

Veintimil personas se reunieron en el gran salón central del edificio, ocupando todas las vías de acceso y todos los balcones.

La multitud de fuera era tanta, que formaba, como un océano, olas que chocaban contra las paredes del gasómetro imperial.

Cuando la regia procesión con sus dorados carruajes, tirados por altos y soberbios caballos, con sus soldados montados, con sus generales de riguroso uniforme, con sus señoras vestidas como los lirios del campo, con sus príncipes y potentados, había llegado al salón donde iba á verificarse la ceremonia, parecía que todo cuanto la naturaleza tiene de bello y de grande se había concentrado en ese lugar.

Sentado en un suntuoso trono real se levantaba el emperador Napoleón.

En uno de sus lados estaba la emperatriz, vestida de raso blanco, rica y elegantemente adornada, llevando en el cuello

un magnífico collar de perlas y diamantes, que tenía en el centro una gran piedra de un brillo extraordinario.

El otro lado lo ocupaba "Haroun Raschid," ó lo que queda de él, y abajo de estas tres luces del imperio se colocaron una multitud de príncipes, nobles, dignatarios, notabilidades, generales, etc., y á poco un gran movimiento hizo sentir la existencia del pueblo de París y del mundo reunidos allí.

Contemplaba la vista este espectáculo, cuando repentinamente percibe el oído las armonías de los instrumentos que tocaban mil dosientos músicos, que absorvieron con aquellas y por un largo rato la atención de ese mundo.

Cuando todo quedó en silencio, el emperador se levantó de su asiento y pronunció un discurso tan sabio, tan elocuente, que parecía que un genio, un espíritu sobrehumano hablaba por los labios de aquel hombre.

Un notable incidente ocurrió después de este acto de tan regia y solemne ceremonia.

Cuando Mr. Hugues el inventor del telégrafo-prensa, ó que imprime á la vez, fué llamado á recibir su premio, el emperador le dió la mano, distinguiéndolo así de todos los demás que estaban recibiendo también sus premios.

Mr. Hugues, al tocar la mano imperial, puso en la palma de ella un pedacito de papel que contenía el último mensaje recibido por el cable, é impreso por la misma máquina que se premiaba en ese momento.

El mensaje contenía estas frases:

"Maximiliano está fusilado; sus últimas palabras fueron:
¡Pobre Carlota!"

La majestad imperial leyó el telegrama é inmediatamente se notó en ella una profunda agitación.

Su semblante palideció, sus manos temblaban, y los diamantes de la imperial jarretera se movían tanto, que la multitud admirada lanzó una exclamación.

Lo que el emperador pensaba y sentía no podía saberse, por supuesto; pero sí podemos creer que, sobre las exclamaciones y la música, sobre el ruido de las cornetas y las detonaciones de la artillería, oía sólo el tiro lejano que hería á la víctima, cuya sangre caía sobre él, y el grito de una mujer, joven, bella y buena, respondiendo á la última exclamación de su joven esposo, "¡Pobre Carlota!" "¡Pobre Maximiliano!"

En medio de esa multitud alegre y encantada, en medio de tanto esplendor y de tanta pompa, estaban para Napoleón las víctimas de su bastarda ambición, de su abuso de poder.

Y por el resto de su vida lo seguirán de cerca esas víctimas!

Donde quiera que vaya encontrará el pálido rostro de una mujer mirando hacia él desde la celda donde ella, demente y en completa desolación, perderá pronto lo que le queda aún de vida.

Cuando Napoleón contemple la cara de su mujer, hermosa aún, verà, no los ojos de ella, sino los de otra, llenos de indignación y tan elocuentes, tan fijos sobre él, que no podrá mirarlos; más buscará en vano un lugar donde ocultarse de ellos.

El vivirá, pero con su corazón atormentado, con su conciencia llena de remordimientos, sintiendo que aquellas víctimas lo rodearán hasta su fin.

El oirá por siempre aquel tiro y aquella exclamación: "¡Pobre Carlota!"

El día de expiación ha comenzado para él, y toda la pompa y todo el esplendor de que se rodee, todos los placeres y distracciones que se procure, no podrán ocultarlo á él de sí mismo.

Luis Napoleón dará cuenta de esa sangre cuando los descendientes de los Carlovingios le pidan cuenta de su hermano, arrastrado á la más loca de las aventuras.

Tendrá que responder á la Bélgica por la hija predilecta del rey Leopoldo, y el mundo entero condenará al César de las Tullerías que ha sacrificado en aras de la ambición á una desgraciada princesa y al joven archiduque de Austria, cuyos restos ensangrentados claman venganza desde las tumbas imperiales de Viena, donde aguardan tranquilos el soplo vivificante de la resurrección!

FIN.



